

El lugar más frío

S. J. Rozan

Traducción de Olga Martínez Yuste



Para Umberto, Alessandra, Jurek, Tom y
Gary,
que deberían haber estado aquí,
y para Tommy, que sí estuvo.

Agradecimientos

- A Steve Axelrod, mi representante.
A Keith Kahla, mi editor, en su lugar como siempre y,
una vez más, un caballero.
A David Dubal, porque la arquitectura es verdaderamente
música congelada.
A T. Michael White, capaz de encontrar una aguja en
un pajar.
A Betsy Harding, Royal Huber, Jamie Scott y Lawton Tootle,
cuyas críticas son la versión más elevada del halago.
A Robert J. Randisi, el mejor.
A Deb Peters, de Brooklyn H. Q., Steve Blier, Hillary Brown,
Julia Moskin y Max Rudin, que saben cocinar.
A Nancy Ennis y Helen Hester, que siguen leyendo después
de todos estos años.
Y, a pie de obra, a John Addonisio padre, John Addonisio hijo,
Vin Barone, Peter Beltz, John Chester, Shahir Erfan, Eric Hahn,
Joan Hill, Mickey Kelly, Mark Kitchell, Carl Koch, Jay Kurtz,
Dan Lusterman, Steve Morhous, Kent Nash, Jerry Quinn,
Rory Ronan, Nazar Saif, Alma Shomo, Carl Stein, Blaise
Swiatkowski y Bob Walsh, ninguno de los cuales aparece
en el libro.

1

No existe lugar tan frío como un edificio en construcción.

Un trabajador del metal me contó una vez el porqué. Me habló de la gelidez que se te mete en los huesos mientras trabajas, del aire que sopla entre el acero y el hormigón y lleva la humedad antigua de resonantes cuevas.

Era un soldador acostumbrado a trabajar acero de alta resistencia a cincuenta metros de altura, aislado del aire que cubre la ciudad únicamente por la viga de metal sobre la que se sostenía y el arnés que la mayor parte del tiempo no utilizaba. Tenía la piel curtida y unas manos gruesas y llenas de cicatrices. Estábamos sentados frente a unas cervezas en Shorty's, una tarde de la época del año en que se juntan el final de la jornada y el comienzo de la noche, cuando todo parece indicar que ya es demasiado tarde.

—Un edificio en construcción no tiene vida —me dijo—. Crece como el monstruo de Frankenstein: claveteado, soldado, atornillado por completo a partir de cosas procedentes de otros lugares, cosas que tuvieron sus propias y largas historias antes de formar parte de él. Parece que es lo que tú quieres que sea, pero no es así. Todavía no.

»Mientras crece atrapa un poco de vida de cada persona que trabaja en él, haciendo que cada uno deje allí algo de sí mismo.

»Entonces, un día en que ya ha robado suficiente vida y acumulado suficiente historia, empieza a respirar. Comienza a vivir. Y las cosas vivas tienen calor. Puede sentirse ese momento: desaparece esa gelidez penetrante y es sustituida por un frío compuesto únicamente de temperatura, como en cualquier otro lugar. Tras esto ya no es una obra

en construcción, es un edificio del que forman parte el pasado de sus huesos y su piel; lo que estos son lo hacen tal y como es, materiales antiguos en un nuevo lugar. Y la existencia de los hombres que lo construyeron le da vida.

No sé si llevaba razón o no. No le conocía muy bien y no volví a encontrármelo. Se estaba haciendo viejo y entonces yo era joven. No sé por cuánto tiempo más seguiría, o quiso seguir, trabajando el acero de alta resistencia.

Pero sé que en cada obra en la que he estado existen el frío que congela los huesos y la sensación de no estar solo en un lugar viejo y solitario.

Lo sentí la primera calurosa mañana de julio en que crucé la verja del solar Armstrong y me adentré en el ruido, el polvo y el barro que había tras la valla de madera que cercaba la mitad de la manzana. Fuera, en Broadway, el tráfico, dirigiéndose hacia el sur en su mayoría, fluía con un propósito: que los trabajadores le tomaran al día la delantera. Las rejas de los escaparates estaban aún echadas y las aceras prácticamente vacías. Su escabroso hormigón se extendía como un témpano de hielo, sugiriendo aquí y allá una figura adormecida que vagaba portando a cada uno a su propia jungla.

Sin embargo, el solar bullía. La hora en que se ponía en marcha era a las siete y media, pero, aunque yo llegaba temprano, no era el primero. Un tipo con un delantal de cuero acarrea una pila de tablones por una rampa de madera y desapareció adentrándose en la penumbra de la primera planta. Una camioneta daba marcha atrás emitiendo un pitido y en dirección a una plataforma de carga provisional. Observé la carga que transportaba: palés de ladrillos que volvería a ver más adelante. El gruista estaba repanchingado en la cabina bebiendo café, con su bota de punta de acero apoyada en la ventana abierta. En cualquier momento alguna cuadrilla necesitaría barras de acero, sacos de hormigón o equipo mecánico de media tonelada en la planta dieciocho. Entonces este tipo entraría en acción. El interruptor adecuado, la palanca adecuada, un tacto delicado y lograría lo que Superman solía hacer en los cómics de contrabando que robaba cuando era niño: un hombre moviendo el peso del mundo, haciendo posible el trabajo de todos los demás.

Ese era el trabajo que desempeñaba Lenny Pelligrini cuando desapareció.

El edificio llegaría a superar las cuarenta plantas. En ese momento se encontraba a medio hacer: su médula asomaba por el centro guiando al esqueleto, que se prolongaba a lo largo de treinta pies. El trabajo de albañilería, que se alzaba desde la planta más baja y rodeaba el edificio, se encontraba en su fase inicial y avanzaba de forma tardía y lenta porque los operarios de otros oficios nunca trabajan por debajo de un albañil. Me protegí los ojos e incliné la cabeza hacia atrás para divisar las sólidas líneas de acero de la más alta resistencia. Su color negro contrastaba allí con el eterno azul del cielo.

Me dirigí hacia la rampa de madera siguiendo al carpintero. Tras dar media docena de pasos en el recinto, escuché un grito por encima del crujir de la grava bajo mis botas de punta de acero.

—¡Oye, tú! ¡El casco de seguridad de la obra! ¿O es que lo llevas para guardar las joyas?

Le hice un gesto de asentimiento con la radio bidireccional y me puse el casco. Había trabajado en la construcción cuando estaba en el instituto, en la universidad y un tiempo después, pero ahora llevaba alejado bastantes años.

Hubo una época en la que no habría cruzado una sola verja con la cabeza al descubierto, pero ya no era así. A la hora de desempeñar una misión ahora habría agarrado mi revólver sin siquiera comprobar la munición. La seguridad llega a hacerse instintiva, es más fácil así. En aquel momento me pregunté qué más solía ser instintivo para mí en una obra, qué más habría olvidado.

El calor seco y arenoso de la explanada cesó de repente en lo alto de la rampa, como si tras intentar hacer frente al frío y la penumbra del interior y fracasar, justo en aquel punto se diese por vencido. Ligeramente alineadas a lo largo de las vigas, las bombillas enclavadas guiaban hasta un laberinto de casetas en la parte de atrás. Avancé en esa dirección, percibiendo el olor agrio de la tierra que no ha sido removida en mucho tiempo. Al escuchar el eco de mis pasos contra el hormigón desnudo, sentí ese frío contra mi piel, aquella ancestral gelidez. Me di cuenta de que eso también lo había olvidado.

Las puertas de contrachapado de las oficinas de obra del contratista y los subcontratistas estaban marcadas con rotulador negro y grueso.

A la intemperie, la media docena de casetas baratas colocadas unas frente a otras a lo largo de una estrecha zona neutral, se burlaban del diseño que, una vez terminado, presentarían los pasillos y apartamentos del edificio. Pasé por delante de la de Crowell, la primera a la izquierda y la más grande, ya que se trataba del contratista general, el que llevaba el peso del trabajo, la empresa que estaba al cargo. La siguiente era de Mandelstam, responsable de la fontanería, y al otro lado estaba la de Lacertosa, el subcontratista encargado de la albañilería. La puerta estaba abierta.

Llamé a la puerta y entré.

El tipo que estaba sentado en el escritorio alzó la mirada sin levantar la cabeza. Tenía los ojos azul claro y la cara arrugada y ensombrecida. Llevaba un lápiz sujeto tras la oreja y otro en la mano. Los papeles estaban amontonados sobre el escritorio, aunque de forma ordenada. Me saludó sin hostilidad alguna:

—¿Sí?

—Smith —me presenté. Me envía el sindicato.

Le mostré mi carné del sindicato: legítimo, pero con una antigüedad de menos de veinticuatro horas.

—Ajá. ¿Albañil o peón?

—Albañil.

—Bien. Rellene esto.

Mientras yo hacía el papeleo, él volvió a lo suyo. Una vez hube terminado, examinó lo que le entregué.

—¿Por qué se ha marchado de Houston?

Yo nunca había vivido en Houston, pero esa era la historia. Se debía a que DeMattis, quien me había enviado allí, tenía gente a su servicio en Houston que podría encargarse del papeleo en caso de que alguien se interesase hasta el punto de revisarlo. Aunque mi acento era de Kentucky, después de años en el extranjero y moviéndome por el norte, estaba lo suficientemente disimulado como para pasar por texano, para todos los oídos salvo para los de un texano.

—Llevo un año sin trabajo —contesté.

Carraspeó. Puede que las historias de la difícil vida texana no hubieran vuelto a registrarse entre la gente dedicada a la construcción.

—Espero que te mantengas en forma —comentó, revolviendo los papeles—. No eres joven.

—Es cierto.

Miró hacia arriba con una sonrisa lenta e irónica que le suavizó la cara y le hizo parecer mayor y al mismo tiempo más amable.

—Yo tampoco. Me ascendieron para que asentase el culo justo a tiempo. De acuerdo. Tu cuadrilla está en la seis. El capataz es Joe Romeo. Él te indicará cuándo comer y dónde mear.

Me pasó un papel para que lo firmase y lo firmé.

—Vamos a contrarreloj, pero esmérate, ¿de acuerdo?, incluso con las uniones, la plomada limpia... Ya lo conoces —dejó escapar un suspiro—. Los Crowell son como un grano en el culo, los dos, padre e hijo. El viejo ya no sube al andamio, pero su hijo se pasea por allí tocando las narices, así que estate atento. Al menos, el representante del arquitecto no nos da ningún problema. Por cierto, la propietaria es una mujer y se pasa por aquí de vez en cuando, así que, si puedes, cuida esa boca. Utiliza el montacargas del sur, el del norte es solo para material. Si tienes algún problema, habla con Romeo, después conmigo. John Lozano, por cierto.

Se levantó un poco de la silla y me tendió la mano.

—Smith, ¿eh? ¿Eres paisano?

—No, soy irlandés.

—Estás en la cuadrilla equivocada. ¿Cómo es que no estás dándole al martillo?

—Soy un espía.

Sonrió y yo sonreí. Me encaminé de vuelta por aquel laberinto de desnudas columnas de acero y cables colgando en busca del montacargas sur. John Lozano regresó a su papeleo, pensando seguramente que no era verdad lo que acababa de decirle.

El mecánico encargado del ascensor y yo nos saludamos intercambiando movimientos de cabeza mañaneros. Aunque aburrido, aquel no era un mal trabajo: se estaba sentado y a cubierto. Allí ponían a los tipos más mayores, los que tenían antigüedad, los que no estaban listos para la retirada pero ya no eran productivos en una cuadrilla. El montacargas protestó chirriando mientras me subía.

Una vez superada la segunda planta ya podía verse más allá de la verja. Edificios asentados por todo Broadway hechos de ladrillo y piedra caliza trabajada, con cornisas cobrizas y un friso con terracotas

de soles y leones en el de la esquina; viejos edificios que, mirando hacia abajo, observaban el marco musculoso y aún sin vida por el que me estaba desplazando. Contemplándolos, viendo las tempranas sombras que se esparcían por las fachadas y el sol que blanqueaba las ventanas, tuve la desagradable impresión de estar rodeado por la altivez que provocan las esperanzas no cumplidas. Aquellos edificios parecían decirle a este: «Crees que serás diferente, más grande, más fuerte, mejor. Joven. Nuevo. También nosotros pensamos eso un día. Pero fíjate, míranos ahora. Y tú no estás hecho de nada diferente a nosotros. Serás exactamente como nosotros».

Me giré para mirar en dirección a la obra, mientras esperaba que el montacargas llegara. Le di las gracias al tipo encargado de él y me adentré en el hormigón en bruto que cubría la sexta planta en busca de Romeo, a quien me habían remitido.

Chuck DeMattis era quien me había enviado. DeMattis era un ex policía, llevaba alrededor de cuatro años sin ejercer la profesión. Obtuvo una licencia de investigador privado el día que se retiró, pero, al contrario que la mayoría de nosotros, que trabajamos desde casa o en la habitación trasera de alguien, a Chuck no le interesaba llevar su nuevo negocio desde su domicilio de Staten Island. Había alquilado una *suite* en la esquina de una torre nueva en el centro y se había mudado allí antes de que la pintura estuviese seca.

—Si quieres llamar la atención de los patos, sacas el señuelo y te sientas en el aguardo—me explicó—. Yo quiero atraer a los abogados.

El edificio era una torre de oficinas de acero y cristal ahumado de los East Fifties, un bloque sencillo y elegante que ahora ocupaba el espacio en el que, durante un siglo, habían estado situados una docena de edificios sin ascensor. El promotor derribó la hacienda, arrancó las cosechas y pavimentó el campo para hacer calles.

El vestíbulo de mármol era silencioso y fresco. El sigiloso ascensor me llevó al piso veintiocho en menos tiempo del que tardo en subir los dos tramos de escalera empinados que conducen a mi casa en la parte baja de la ciudad. Allí se encontraba la oficina de Chuck DeMattis.

Chuck y yo nos conocíamos del ámbito laboral; nos habíamos pasado casos el uno al otro una o dos veces en varios años. No éramos

amigos realmente, se trataba más bien de una cuestión de estilo. DeMattis era el jugador del equipo al que le gusta la fiesta y ver su nombre en los papeles. Yo me mantenía en la sombra, en lugares tranquilos donde puedas oír buena música y escucharte, si hay alguien allí con quien quieras mantener una conversación. DeMattis vestía trajes de Hugo Boss, calzaba zapatos de piel de caimán y presumía de poder contactar con cualquiera en Nueva York con dos simples llamadas de teléfono. Sin embargo fueron precisamente sus contactos los que no le permitieron ocuparse de este caso.

—Tiene sentido que acudieran a mí—había dicho, dando golpecitos al café molido dentro de la barra de bar de acero inoxidable empotrada de su oficina privada.

Cada borde afilado, cada superficie de cristal y cada amplia ventana se llenaban de enormes extensiones de ciudad y de cielo. En la habitación de fuera dos secretarias hacían malabarismos con los teléfonos mientras el contable probablemente hacía lo mismo con los libros de cuentas. Al otro lado de la *suite*, los asalariados de Chuck a tiempo completo pasaban la mayor parte del día mirando fijamente las pantallas de los ordenadores y hablando por teléfono. Ellos con camisa y corbata, ellas con tacones y traje, y todos visiblemente armados, tanto si había que patear la calle como si no, pues los agentes preparados para la acción en cualquier momento imponen a los clientes.

Chuck iba pulcramente afeitado, tenía entradas y rebosaba energía y desenvoltura callejera, al menos delante de los ayudantes que contrataba. Me trajo una taza de expreso, colmado, vaporoso y amargo, y me contó la razón por la cual yo estaba allí.

—Necesitan a alguien que cace a un *guido*,¹ entonces acuden a un investigador privado *guido*, ¿no? ¿Cómo está el café?

—Está bueno, Chuck.

Sonrió satisfecho.

—Siempre. Mis chicas pueden escribir a máquina y hacer todo tipo de gilipolleces, pero si alguna vez encuentro a alguna que sepa hacer un expreso decente, me divorcio de Marie y me caso con ella.

¹ N. de la T.: Nombre propio italiano que se emplea para denominar a los americanos de ascendencia italiana que tienden a mantener símbolos y expresiones propios de su herencia cultural.

Chuck llevaba casado con Marie, una rubia alegre y juerguista, desde el día posterior a su graduación en la universidad. Cada año le hacía un regalo por su aniversario de boda y otro para celebrar el aniversario del día en que le había dado el sí.

—¿Realmente has vuelto del campo sólo porque te he llamado? —me preguntó, rodeando su escritorio para sentarse en una enorme silla de delicado cuero.

—He llegado esta mañana conduciendo —afirmé.

Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Estás como una cabra, volver a este horno teniendo otro lugar en el que estar.

—No te veo sentado precisamente al lado de tu piscina en Staten Island.

—Me habrías visto si alguna vez hubieses aceptado mi invitación. Pero me acuerdo de cómo eres, no te gusta la gente.

—No es la gente, Chuck, sino estar sin hacer nada.

Chuck suspiró.

—Sí, lo que sea. Si estás preparado para trabajar, tengo algo.

—Cuéntame.

Le dio un sorbo a su expreso y dejó la pequeña taza en un plato sobre el enorme panel de cristal que utilizaba como escritorio.

—Crowell, has oído hablar de ellos, ¿no? Un grupo grande, contratistas generales.

—Claro. Su logotipo se ve por la ciudad. Tienen en marcha unos cuantos proyectos.

—Ahora mismo dos —asintió Chuck—. Uno está acabando y al otro le faltan más o menos seis meses. Posiblemente hoy en día esto supone más o menos la mitad del sector de la construcción en Nueva York.

—¿Corren malos tiempos para ese negocio?

—El dinero está muy ajustado, no lo sé. Según me comentaron es lo que pasa en la construcción: compras propiedad, planeas construir y entonces te pillan con los pantalones bajados cuando el banco reconsidera la estrategia de inversión, o como quiera que la llame. De cualquier forma, eso es lo que tiene a Crowell cogido por los huevos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Tienen problemas en una de las obras, la más nueva, en lo alto de Broadway, calle Noventa y Nueve. Un edificio residencial de cuarenta plantas.

—Creo que he leído algo sobre ello. ¿Con zona comercial en la parte inferior y casas para todos los bolsillos?

Chuck asintió con la cabeza.

—De renta baja, media y alta. Para gente pobre, gente normal y ejecutivos. ¿Cuál crees que es la diferencia entre los apartamentos?

—Arrugó las cejas—. Quiero decir, ¿crees que va a haber baños de mármol en las de los ejecutivos, que los demás serán de azulejos y que quizá las casas de protección social tengan baños comunes?

—Los bidés —interrumpí—, con suministro de agua Perrier para toda la vida.

Se rió por lo bajo.

—Sí. Bueno, la promotora inmobiliaria es una mujer negra llamada Armstrong. De otro modo, construir solo medio edificio para ejecutivos podría ocasionar problemas en ese barrio.

—Pero, ¿no los tienen ya?

—No. El vecindario parece estar contento. Crowell dice que se desvían por alquilar los locales. Y se supone que el edificio es bastante estiloso: materiales de buena calidad y toda esa mierda. Así es como lo quiere la señora Armstrong. Qué demonios, ella es la propietaria, puede hacer lo que quiera. Claro que, por la forma en que Crowell padre se sentaba aquí y me relataba el gran trabajo que se estaba llevando a cabo, uno pensaría que el propietario es él, además de haberlo diseñado e incluso de haberlo construido con sus propias manos.

—¿Crowell padre?

—Por eso se llama Construcciones Crowell. Son Dan Crowell padre e hijo. Es un negocio familiar. El padre se ha dedicado a esto toda su vida, aunque ya no anda por los edificios. Lo cierto es que está enfermo. Leucemia o algo por el estilo. Vamos, parecía estar bien cuando vino a verme, pero nadie, salvo él quizá, piensa que vaya a vivir más de uno o dos años.

—¿Eso te lo contó él?

—No fue necesario. Investigo a las personas desde que me llaman hasta que vienen a verme.

—¿Para qué haces eso?

—Siempre lo hago. Los clientes nunca te dicen lo que realmente necesitas saber, tienes que encontrarlo por ti mismo. Tú debes de tener el mismo problema.

—Continuamente —contesté—. ¿Así que el viejo está enfermo?

—Eso parece. Y sea lo que sea, le hace moverse lentamente, así que ahora se queda en la oficina mucho más tiempo. Entre tú y yo, creo que le saca de quicio no poder darse una vuelta como solía hacer, subir y bajar del andamio, mostrar a los chavales cómo se fija una barra de refuerzo en el hormigón, cómo dar martillazos a un clavo. Para todo eso ahora se ve obligado a depender de su hijo.

—¿Es Crowell hijo quien se ocupa de la parte práctica?

—Pasó un par de años fuera de la universidad, trabajando en otro sitio. Supongo que ahora piensa que está tomando el mando. Tiene pinta de ser un poco más flojo para ese tipo de trabajo, me parece a mí, pero como todo en estos tiempos, la construcción se basa cada vez más en rellenar formularios y menos en machacar clavos, como solía ser.

—¿Y vinieron a verte los dos?

—Sí, claro. Aunque creo que el hijo no estaba muy por la labor. Mientras el viejo hablaba, el joven estaba aquí sentado pensando en las musarañas e interrumpiendo con razones para no contratarme. No me gusta.

—¿Te refieres a que no quiera contratarte?

—No, a que falte al respeto al viejo de esa forma delante de mí. Quiero decir, no es que yo sea un antiguo amigo de la familia.

—En ese caso sería peor.

—Sí, cierto. Pero, de todas formas, también le riñe.

—Pero el viejo quería contratarte —confirmé—, que es por lo que yo estoy aquí.

—Tú estás aquí porque no eres lo suficientemente listo como para quedarte al margen. Pero sí, los Crowell tienen un problema. Han estado teniendo problemas. En tiempos de vacas flacas hay que reajustar las exigencias para llevar adelante el trabajo. En circunstancias así ni parpadeas ante mierda que no dejarías pasar si tuvieses un poco de margen.

—¿Qué tipo de problema es?

—Al principio se trataba de cosas pequeñas, ocurre a veces en las obras en construcción. Desaparecían algunas herramientas, algunas entregas mermaban. Entonces, por primera vez, alguien robó una pala excavadora.

—¿Que la robaron?

—Sencillamente la sacaron de la obra conduciendo la jodida máquina a las cuatro de la mañana. El guardia estaba echando una cabezada. Lo despidieron, claro. De todas formas, Crowell tiene su propio equipo, no lo arriendan, así que asumieron la pérdida.

—Pero deberían haber estado asegurados.

—Ya, sí. Fue una guarrada más que otra cosa. Pero hacer algo así requiere un plan. Así que esto hizo que los Crowell empezasen a desconfiar y quizás a vigilar la obra con más cuidado que nunca.

—¿Y qué pasó?

—No volvió a ocurrir nada parecido. Sigue sucediendo lo mismo con las cosas pequeñas: el equipo y las herramientas desaparecen, como en todos los sitios, es prácticamente imposible evitarlo. Pero ahora que están al tanto, han observado a un tipo que no les da buena espina. Se llama Joe Romeo, es el capataz de albañilería. Tienen la sensación de que está metido en algo sucio.

—¿Como qué?

—Usura, apuestas. También se huelen que esté metido en drogas, nada importante, solo algo de hierba, pero no quieren que algo así se mueva por allí.

—¿Fue quien cometió los robos?

—Seguramente no, aunque no les extrañaría, pero sus movimientos no se avienen.

—Me encanta cuando hablas mal, Chuck.

Me miró por encima del borde de su taza de expreso, pero dejó pasar el comentario.

—Sea como sea, Crowell quiere librarse de Romeo, pero el sindicato se toma este tipo de cosas de forma personal, a menos que haya pruebas contundentes. Y Crowell no quiere tener problemas con el sindicato. Una huelga arruinaría los plazos y Crowell perdería una fortuna, cosa que precisamente no tienen para este trabajo. La señora Armstrong tampoco está acostumbrada a esta publicidad negativa, es su primer edificio grande, según me dijo Crowell, y siendo negra y mujer hay un montón de gente deseando que se dé de morros. Así que Crowell ha estado andando con pies de plomo con este asunto.

»Y entonces, hará dos semanas, el gruista ni se presentó a trabajar, ni avisó con nada. Le llamaron, pero no dieron con él. Perdieron medio día a causa de la grúa, todo el mundo depende de ella. Los chicos

estuvieron sentados por ahí tocándose las narices mientras esperaban a que llegara otro operario que venía desde Queens. Crowell está que echa humo. Han visto juntos a Romeo y a ese operario, el tal Pelligrini. Alguien comentó que los últimos días no estaban llevándose demasiado bien. Puede que sea una cosa o la otra, pero Crowell está harto. Quiere que Romeo se largue.

»Así que acudieron a mí, ya que, fíjate, conocí al señor Crowell en una cena que se celebró la semana pasada para homenajear a un tipo. Ya sabes cómo es esto, tienes que relacionarte si quieres seguir en el negocio. Ya entonces Crowell estaba quejándose de su equipo y de los robos. Le pregunté si quería que alguien lo investigase. Dijo que no, que no merecía la pena, pero le di mi tarjeta, por si acaso. La aceptó; había oído hablar de mí, soy famoso.

Chuck extendió las manos con las palmas hacia arriba. Ser famoso es algo que solo les ocurre a unos cuantos tipos.

—Así que supongo que esta historia de Pelligrini —continuó— fue el colmo y se decidieron a venir. Me dijeron que empezase por Pelligrini, que fuese de incógnito, a ver lo que podía averiguar. Pero, vamos, en Nueva York nada se mueve sin que yo me entere. ¿Me imaginas de incógnito en una sala llena de *guidos*? A Crowell no le importa cómo trabaje en el caso. El viejo dice que no necesita saberlo. Tengo la sensación de que no quiere saberlo por si encuentro una forma de llevar el asunto de Romeo que no sea exactamente lícita. Al chaval no le parece bien. Le dice al viejo que tiene que controlar más las cosas. «No puedes quedarte sin saber lo que está pasando.» Y el viejo le contesta que cierre el pico, que Chuck DeMattis sabe lo que hace. «DeMattis se ocupará de Romeo», le dice, «Tú encárgate de construir el edificio». Así que lo pensé durante un rato y, puesto que Crowell me permite hacerlo como quiera, decidí llamarte a ti.

—¿Y qué hay de tus asalariados? —indagué—. Tienes alrededor de doscientos tipos trabajando para ti.

—Tengo catorce y, entre tú y yo, amigo, son una panda de tocapelotas. Chicos de universidad. Son buenos investigadores, dan buena impresión a los clientes, son capaces de seguir el rastro de un papel imposible, pero, ¿enviarles de incógnito a beber con un albañil? De eso nada.

Paró para servirse más expreso.

—Tú eres diferente —dijo—. Podemos colocarte allí, eres un tío más, nadie notará la diferencia. ¿Qué me dices?

—He ido a la universidad, Chuck.

—Sí, yo también. Pero a nosotros no se nos nota.

Dijo esto como asegurando que ninguno de los dos aparentamos nuestra edad.

—Bueno, ¿cuál es la estrategia? —repuse.

—Depende. Estaba pensando en averiguar dónde se echa unos tragos Romeo, o lo que sea, te pasas por allí y logras hacerte su nuevo mejor amigo.

Me guiñó un ojo.

—¿Y cuál es el objetivo?

—Estar cerca y averiguar algo que Crowell pueda utilizar para sugerir amablemente a Romeo que se largue. Crowell no pretende encerrar a Romeo, solo perderlo de vista.

—¿Crees que echar unos tragos con él me acercará lo suficiente?

—¿Podrías acercarte más?

Di un sorbo al café. Miré el resplandor de la ciudad bajo el color azul intenso del cielo.

—¿De qué estamos hablando realmente, Chuck? La gente deja los trabajos por un montón de razones. ¿De verdad crees que el hecho de que el tal Pelligrini desapareciera tiene algo que ver con Joe Romeo?

—Para mí, no significa nada. —Se encogió de hombros—. Pero el anciano Crowell tiene una corazonada.

—¿Solo por una corazonada?

—Eso es lo que dijo. Entre tú y yo, creo que tienes razón, lo de Pelligrini no tiene nada que ver con lo demás. Pero esa no es la cuestión. Que Pelligrini desapareciera, de alguna forma, fue la gota que colmó el vaso, hizo que los Crowell explotasen y ahora están decididos a encargarse de Joe Romeo antes de que la situación se les escape de las manos.

Terminé el expreso y observé los posos que cubrían el interior de la taza.

—Salen muchos italianos en esta conversación, Chuck.

—Solo dos, aparte de mí.

—Ya. ¿Cuántos italianos necesitas para descubrir que uno está implicado?

—¿Es uno de tus chistes célebres?

—Si lo es, puede que no resulte gracioso.

Chuck cruzó el tobillo sobre la rodilla y empujó la silla hacia atrás para obtener más espacio.

—Respecto a este tipo, Romeo, su nombre ya había aparecido antes. No está vinculado a la mafia porque nadie lo aguanta. Hay otros tipos detrás de él, especialmente para las operaciones de usura; tipos a los que él acude. Trabaja con algún corredor de apuestas fuera de Las Vegas, según he oído. Pero nadie en la ciudad quiere tratar con él. Mala señal en un mal tipo. No creo que Crowell sepa esto, al menos no dijeron nada. Pero podrías estar haciendo un favor al mundo si le provocases.

Esta era la razón por la que trabajaba con Chuck, por eso había venido hasta este lugar de altos vuelos y fuerte campaña publicitaria donde el teléfono nunca dejaba de sonar y que el artículo enmarcado de la revista *People*, destacaba como una de «Las mejores diez empresas de investigación privada de los noventa». Más allá de las publicaciones de prensa, el trasnochar hasta altas horas en los clubes, los guiños de ojos y las sonrisas complacientes, las razones que habían llevado a Chuck a ser policía en un principio, hacía ya mucho tiempo, seguían vivas.

Encendí un cigarro. Chuck empujó una plaquita de mármol negro a través del escritorio para que me sirviera de cenicero.

—Yo solía trabajar en la construcción. Sé poner ladrillos —apunté.

—Te estás quedando conmigo. —Los ojos de Chuck se abrieron como platos—. Ni siquiera hablas italiano.

—¿Quién crees que pone los ladrillos en Dublín?

—¿Has ido a Dublín?

—No.

—Allí hay un montón de paredes torcidas, mi querido amigo irlandés. ¿Es una propuesta?

—¿Por qué no? Creo que preferiría trabajar con el tipo a beber con él. Y es más fácil. ¿Qué pasaría si bebiera en algún antro de Staten Island?

—Os arrepentiréis de haber dicho mierdas como esa cuando nos independicemos y lo sabes.

El tono de Chuck era completamente serio. La casa de un hombre es su castillo.

—Con tal de que me consigas un pasaporte... Entonces, ¿qué te parece la idea?

Entrelazó los dedos de ambas manos y los apoyó sobre sus labios mientras reflexionaba.

—Está bien, de acuerdo. Pero tengo un mal presentimiento en cuanto a esa obra.

Sonreí.

—¿No vas a respaldarme?

—Con todo lo que tengo, amigo. Haremos todo el rollo de los preparativos desde aquí; tú límitate a llamarnos. ¿Quieres que envíe a alguien a la obra para que te proteja?

—De ninguna manera. Y hazme un favor, deja que yo me ocupe de los preparativos, no quiero tener que obtener la autorización de tu contable cada vez que necesite un permiso.

Frunció el ceño.

—¿Dejar el caso en tus manos sin más?

—Tú y yo no hacemos las cosas de la misma forma, Chuck.

Aparté el cigarrillo y con un golpecito dejé caer la ceniza gris sobre el mármol negro. Un avión bimotor, enmarcado en la ventana que había detrás de Chuck, pasó volando hacia el sur sobre el río East. Era silencioso y la línea que dibujaba era constante, como si una cuerda tirara de él.

—De momento hazlo así —concluyó Chuck pausadamente—, puede que sea buena idea. Por la misma razón por la que Crowell prefiere no saber nada.

—¿Crees que sería capaz de hacer algo que no aprobaras?

Chuck alzó las cejas.

—¿Se te ocurre algo que yo no llegara a aprobar? De cualquier forma, quizá sea mejor así. Tienes razón, hacemos las cosas de diferente manera. Y estoy hasta el cuello de trabajo. En realidad no dispongo de tiempo para esto, lo que pasa es que no quiero rechazar el caso de Crowell. Podría llegar a ser un buen pagador durante el largo trimestre, ¿sabes a qué me refiero? Pero esto saldrá bien. El caso es tuyo, tú te encargas. Lo que no sé es qué les va a parecer a los Crowell.

—No se lo cuentes. Yo te informo a ti y tú les informas a ellos. Trabajaré para ti, Chuck. No tengo ningún problema con eso. Lo único que no quiero es formar parte del equipo DeMattis.

—Si estás seguro de que es así como quieres hacerlo... Pero para lo que sea, tengo a todos estos cretinos ahí atrás, costándome un dineral, ya estén tramitando permisos o leyendo los resultados de las carreras. Puedes valerte de ellos.

—Prefiero valerme de otras cosas con las que cuento.

—Ah —sonrió Chuck—, ¿tu chica china?

—Mujer —le corregí—. Investigadora privada con licencia. Agente independiente con cuatro años de formación, cuatro años trabajando por su cuenta en el sector y con una oficina en una habitación en Chinatown. Y además, no me pertenece.

—¿Quién tiene la culpa de eso?

—Yo.

—¿Quieres el consejo de un hombre felizmente casado?

—Sí.

—Está bien. Aquí va. ¿Conoces el viejo chiste que acaba diciendo: «Ten paciencia, animal»?

—No.

—Ese es mi consejo.

—Gracias Chuck. ¿Podemos volver al trabajo?

—Claro, ¿dónde estábamos?

—Estabas a punto de entregarme el caso. Hablemos de los honorarios. Cuando concluya, te enviaré una factura.

—Si es así cómo quieres hacerlo...

Lo quería así y así es como lo hicimos. Chuck me pasó el archivo y me dijo que dispondría de un carné del sindicato al día siguiente. Elaboramos una tapadera que pensamos que encajaría y me marché a casa a esperar. De camino paré en una tienda de suministros para la construcción en la parte baja del East Side. Compré tres tipos de paletas distintas, un casco y un par de guantes de cuero grueso y le envié a Chuck la factura.

El andamio rebotaba ligeramente. Sus delicadas abrazaderas seccionaban la vista de Broadway en un puzzle de piezas triangulares. Tras salir del montacargas, fui en busca de mi cuadrilla por el lado este del edificio.

Lo que le había contado a Chuck era verdad: podría aproximarme mejor a Joe Romeo desde el lugar en que pasaba ocho horas al día que tratando de abordarlo en su tiempo libre. Además la albañilería era un oficio que yo podía desempeñar.

Ser asignado a la cuadrilla de Romeo podría parecer natural si Chuck lograba tramitarlo. El sector de la construcción en aquel momento en Nueva York era muy lento, así que le llevó unos días. Pero logró arreglarlo, con una cartilla de ahorros de doscientos dólares a nombre del hijo recién nacido de un albañil de la cuadrilla y una caja de Glenfiddich para el tipo del sindicato. Este nos envió, aquella misma mañana, a él a los cimientos de un garaje en Queens y a mí a la parte alta de Broadway.

Era verdad y podría conseguirlo, quizá fuera incluso la mejor forma de trabajar el caso. Pero había algo más, otra razón por la que quería estar allí, en un lugar donde a seis plantas por debajo de mis pies ondean pequeñas nubes de polvo cuando los hombres cruzan la obra en dirección a los relojes registradores, donde el profundo rugido de las gargantas de las máquinas al arrancar sus motores queda cubierto por el golpeteo de los alaridos del martillo neumático, donde siento caer un hilo de sudor por la espalda llevando mis herramientas y mi fiambarrera a lo largo de los tablones desiguales del andamio a primera hora de la mañana.

Estaba desasosegado. No es la palabra correcta, pero es la mejor que tengo. No alcanza a abarcar el despertarme temprano con un pequeño y triste sobresalto, no de miedo pero de algo parecido, ni las largas horas de la noche que pasaban sin sentido, que no servían para dormir, pero tampoco para ninguna otra cosa. Algunas veces tocando el piano conseguía relajarme la tensión de la espalda. Otras veces me tranquilizaba sentarme en el porche de mi cabaña al norte del estado, al final del día, bebiendo Maker's Mark y observando la enorme puesta de sol dorada prolongarse en la copa de los árboles más altos y luego deslizarse lentamente hasta dejarlos sumidos en la oscuridad. Había pasado una semana en la cabaña cuando contacté con mi servicio de telefonía en Nueva York y me enteré de que Chuck me había llamado. Normalmente ni llamo cuando estoy en el norte del estado. Lo hice porque ni las sombras de los árboles que rodeaban la cabaña, ni la música, ni siquiera el burbon, estaban ayudando, aquella vez no.

Había vuelto porque Chuck me había llamado y porque necesitaba trabajar. Y trabajar de albañil, una labor dura, sudorosa y que al final del día daba como resultado algo que no estaba allí antes, algo sólido e innegable, era el trabajo adecuado.

Cuando llegué los otros tres hombres que formaban la cuadrilla ya estaban allí, en el que se suponía era su sitio. El que no estaba era Joe Romeo.

—Soy Smith —me presenté, mientras holgazaneaban apoyados en las hileras de ladrillos que habían colocado el día anterior. Uno de ellos estaba fumando, otro apurando un vaso de café solo—. Soy nuevo en esta cuadrilla.

—Eres el que sustituye a Nicky, ¿eh? He oído que ha encontrado algo más cerca de su casa. —El bebedor de café se impulsó para ponerse de pie y me tendió la mano—. Mike DiMaio.

Ya tenía los guantes puestos y no me los quité para darle la mano; no quería que supiera que mis manos no estaban tan ásperas y llenas de cicatrices como se suponían las manos de un albañil de mediana edad. DiMaio era joven, fornido y bajo, mediría poco más de metro y medio. Tenía un bigote espeso y claro, y llevaba el pelo rubio de punta y cortado a cepillo

—Estás conmigo —me informó—. Supongo que eso significa que tenemos que empezar ya. Mierda.

Sonrió y cogió sus guantes. Después aplastó el vaso ya vacío y lo lanzó por encima de la pared inacabada de vuelta al interior del edificio. Escuché cómo rodaba por el hormigón del suelo. DiMaio señaló a los otros hombres.

—Él es Sam Buck. Lo verás sin mover el culo todo el tiempo que le sea posible, ese es el tipo de trabajo que más le gusta. Y este de aquí es Angelo Lucca.

Buck, un tipo moreno y con greñas, de hombros estrechos y fuertes músculos en los antebrazos, dijo sin particular interés:

—Que te jodan, DiMaio.

Se puso el cigarrillo en la boca y me tendió la mano sin enderezarse.

Lucca, también moreno y más grande que Buck o DiMaio, enganchó su ancha mano al andamio de acero y se impulsó para levantarse.

—Encantado.

Sonrió y dio un toque a Buck con la punta de la bota manchada de mortero.

—Venga, Sam. Joe llegará en cualquier momento.

—Que te jodan, Lucca —murmuró Buck. Quizá esa fuera su forma de saludar por las mañanas. Y añadió:

—Y que le jodan a Joe. No le tengo miedo.

—Nosotros estamos aquí abajo —me indicó DiMaio.

Buck se puso de pie mientras DiMaio y yo empezábamos a avanzar por el andamio.

—¿Joe es el capataz? —le pregunté mientras le seguía. Al igual que otros tipos bajos y musculosos que había conocido, DiMaio era patizambo, como un marinero.

—Joe Romeo —contestó DiMaio girando un poco la cabeza hacia atrás—. Mantente fuera de su camino. Si cumples con el objetivo y haces un buen trabajo te deja en paz, que es lo que te interesa. Te tocará un poco los huevos, ya que eres nuevo. Solo tienes que capearlo y se meterá con otro.

Nos detuvimos dos plataformas más adelante, donde las hiladas de ladrillos nos llegaban solo hasta la rodilla, sostenidas por el zuncho de borde. Este, de hormigón basto y gris y reforzado con barras incrustadas de reluciente acero, cubría todo el perímetro del edificio, de

arriba abajo, creando una barrera entre el exterior y el interior, con huecos en los puntos en que irían las ventanas.

—¿Has visto los planos? —me preguntó DiMaio.

—No.

—Este trabajo está repleto de detalles engorrosos: ménsulas, arcos, entrepaños, como este de aquí.

Señaló una columna de acero bruto situada a menos de medio metro hacia dentro de la piel del edificio y alzada en un tabique de albañilería inacabado.

—Te harás a ello. Empieza a trabajar con tranquilidad y pregúntame si tienes alguna duda.

Se colocó las manos en la boca en forma de bocina y gritó hacia el centro del edificio a través del hueco en el que iría una ventana.

—¡Phillips! ¡Eh, Betty Croker! ¡Estamos listos para cuando quieras traer por aquí un poco de esa mezcla! A ver si lo haces chocolate —añadió.

Escudriñando la penumbra de dentro, distinguí una pequeña hormigonera medio escondida tras palés de ladrillos y otros materiales apilados. Un hombre negro levantó la mano en señal de respuesta al grito de DiMaio. Tiró de una palanca y la hormigonera arrojó lodo gris en una carretilla que había debajo. Empujó hacia atrás la palanca para volver a poner en marcha la hormigonera y se dirigió hacia nosotros tras clavar la pala en la carretilla.

—Tenemos allí el plano, por si quieres echar un vistazo —me informó DiMaio, señalando hacia el otro lado de la pared—. Puedes conseguirlo dos crujías más allá, por donde está saliendo Phillips, o puedes pasar por encima.

Pasé por encima, trepando por los laterales del andamio e impulsándome hacia dentro por el vano de una ventana. Aterricé sobre el hormigón lleno de rozaduras del interior con un ruido sordo. El aire frío del edificio me acarició la nuca.

—¿Qué pasaría si el coordinador de seguridad me pillara haciendo esto? —le pregunté a DiMaio al mirarnos cara a cara por un vano.

—Joe es el coordinador de seguridad de esta cuadrilla. No pasa nada.

Estudí el plano. Era una copia mugrienta del diseño del arquitecto, marcada con lápiz, huellas dactilares y manchas de café. Había colgado otro dibujo más: el de los detalles del trabajo de albañilería. Comprobé entonces lo que DiMaio quería decir. Había ventanas arqueadas con

verdaderas dovelas; salientes en algunas columnas, entrepaños en otras; patrones que se distinguirían en la fachada del edificio hechos a base de alternar canto y sogá, girando los ladrillos, amontonándolos o cortando los bordes por delante y por detrás. Esta no era una superficie de ladrillo uniforme, lisa y perfecta como el cristal o el acero, sino que representaba la lucha del ladrillo por hacerse un hueco entre la maquinaria resbaladiza y moderna del mundo. Los ladrillos habrían de colocarse uno a uno y cada medida habría de ser atendida por una mano, ya que cada superficie áspera estaba pensada, calculada y ubicada. Cuando el edificio estuviese acabado el trabajo saltaría a la vista, se vería en el movimiento y en el dibujo de las sombras proyectadas por unos ladrillos en otros.

DiMaio me observaba con una sonrisa en la boca mientras estudiaba los planos.

—¿Qué te parece? —me preguntó—. ¿Has trabajado alguna vez en algo parecido?

—No desde hace mucho tiempo.

—Desde que te formaste, me jugaría el cuello. Yo tampoco. Te harás a ello, como te dije. Esto te brinda la oportunidad de destacar.

—Ni siquiera estoy seguro de que mi formación incluyera cosas así —comenté dudoso—. ¿La tuya sí?

DiMaio se encogió de hombros.

—Empecé a trabajar con mi viejo cuando tenía ocho años. Mi formación era después del colegio, los fines de semana y los veranos.

—¿Te enseñó a hacer trabajos como este? ¿Tu viejo era bueno?

DiMaio sonrió vivamente con una sonrisa de satisfacción.

—Aún sigue en esto. Exceptuándome a mí, es el mejor.

Volví a contemplar los diseños.

—Debe de ser caro. Todo esto va a ralentizar mi trabajo. ¿Por qué lo están haciendo así?

—Eh, yo solo soy un albañil, ¿cómo narices quieres que lo sepa? El arquitecto tendría sus manías y logró vendérselo a la propietaria. ¿Por qué no? De todas formas a ti y a mí nos mantiene ganando un sueldo. Eh, mira quién viene, es Phillips empujando su carga mañanera. ¿Qué te cuentas, Reg?

—Mueve el culo —contestó Phillips alegremente.

DiMaio se echó a un lado mientras Phillips maniobraba con la carretilla pasando a su lado por el andamio.

—Reg Phillips —dijo dirigiéndose a mí, y nos dimos la mano mientras yo me presentaba.

También era joven, puede que tuviera unos veinticinco años, delgado, de piel negra y con un bigote aún más grueso que el de DiMaio.

—He oído que algún pobre imbécil tiene... Uy, quiero decir, he oído que Mike tiene un nuevo compañero. Escucha, si te causa algún problema, ven a verme, ¿de acuerdo?

—Vuelve a tu juego de química, Reg, y deja que los hombres de verdad se pongan a trabajar.

Reg Phillis simuló lanzarle un puñetazo a DiMaio y este lo esquivó, se balanceó y le lanzó otro de vuelta. El andamio tembló con su movimiento de piernas.

—Voy a tener que dar parte de ti por hacer el tonto en el andamio, DiMaio —le sermoneó Phillips dejando caer los brazos.

Se dio la vuelta, clavó la pala en el mortero de la carretilla y depositó un par de paladas en una tabla situada entre DiMaio y yo sobre bloques de hormigón.

—¿Así te va bien, Smith?

Metí la paleta en el mortero y la removí. DiMaio me miró mientras lo hacía.

—Tiene buena pinta —comenté.

—¿Lo quieres más alto? Teniendo en cuenta que mides más que algunos de estos albañiles diminutos que hay por aquí... —dijo sacudiendo el pulgar en dirección a DiMaio.

—¿Qué pasa si digo que sí?

Miré a mi nuevo compañero.

—Que te tiro del andamio —contestó DiMaio—. Justo lo que estoy a punto de hacer con este Don Premio Nobel. Oye, tipo elegante, ¿cuánto dinero perdiste ayer por la noche?

Reg Phillips sonrió.

—Mi dinero, chico blanco capullo, estaba con los Yankees.

DiMaio alzó la mirada al cielo.

—Queda claro que estás loco. ¿No te das cuenta de que solo ganaron para comer el coco a chicos como tú y que estés ahí la próxima vez?

—Oye, Mike. ¿Cómo es que nunca inviertes dinero con tanto que hablas? —preguntó Phillips.

—No tengo por qué. Solo con verte a ti se me quitan las ganas de apostar. Smith, si quieres que levantemos el mortero, me parece bien.

—No, está bien así.

—No, hazlo si quieres —repuso DiMaio—, si esto va a retrasarte...

—No te preocupes por eso. Venga, vamos a trabajar.

Trabajé al lado de DiMaio toda la mañana, tratando de estar a la altura y de volver a encontrarle el ritmo a aquello. Lo observé y seguí sus movimientos que fluían de un paso al siguiente. Había transcurrido mucho tiempo desde que trabajé como albañil y nunca había realizado trabajos tan complicados como este. Al colocar los ladrillos, hacia delante o hacia atrás, mostrando la soga o el tizón para formar aparejos de soga o de sardinell, sentí que cada vez me retrasaba más y más respecto a él. Trabajábamos de rodillas, algo en lo que no había pensado. Antes de empezar la tarea, DiMaio había entrado en el edificio columpiándose por un vano y había regresado con un par de almohadillas para mis rodillas.

—Gracias.

Se encogió de hombros.

—Su dueño no las necesitará hasta mañana.

Al tiempo que trabajábamos iba ascendiendo el sol de julio, y aunque nuestro lado del edificio estaba a la sombra y el frío del interior escapaba hacia nosotros en pequeñas bocanadas, después de pasada una hora la camiseta se me pegaba a la espalda y una película de sudor me recubría los brazos y el cuello. DiMaio no hablaba mucho, se limitaba a hacer su trabajo de forma rápida, limpia y eficiente. También observaba el mío. Mientras aplicaba una varilla afilada que ya no tendría que repasar, señaló con un gesto de cabeza mis paletas, mi plomada y mi casco.

—¿Es todo nuevo?

—Lo dejé todo —contesté—. A la mierda con ello. Me vine al norte sin nada para cambiar mi suerte.

Carraspeó mientras daba un golpecito a un ladrillo para colocarlo en su sitio.

—¿Funcionó?

—Conseguí este trabajo.

A las nueve y media hicimos un descanso para tomar un café y no fue hasta entonces cuando conocí a Joe Romeo.

Para entonces ya estábamos trabajando a mayor altura, extendiendo hiladas que nos llegaban a la altura de las caderas y permitían afanar o bien de rodillas o inclinado, si preferías estar de pie. Ambos estábamos de pie: DiMaio porque con su altura tenía más sentido hacerlo así y yo porque mis rodillas estaban empezando a preguntarse en qué mierda me había metido. Una pequeña sacudida del andamio nos permitió darnos cuenta que alguien se dirigía hacia nosotros.

—Este es Joe —anunció DiMaio, soltando bruscamente el mortero de su paleta sin cambiar la dirección de su mirada—. Se cree que se acerca sigilosamente. Como si te acechase un elefante. Hazte el sorprendido, puede que así ganes puntos.

Miré hacia atrás y vi a un hombre grande, moreno y de cuello grueso, atractivo al estilo de los jugadores de fútbol o los soldados. Me enderecé y planté la paleta en el mortero. Levanté el casco y me pasé el dorso del guante por la frente para secarme el sudor.

Aquel hombre grande llegó hasta nosotros, se detuvo y me observó para evaluarme y hacerme notar que lo estaba haciendo. Mi instinto fue hacer lo mismo, devolverle la mirada y ocupar el lugar que yo quería, pero no era para eso para lo que estaba allí. Fui el primero en apartar la mirada, dirigiéndola hacia fuera del andamio, desde donde los edificios observaban nuestros progresos.

Después de un momento Joe Romeo también apartó la mirada para dirigirla hacia la carpeta sujetapapeles que llevaba. Contempló detenidamente nuestro trabajo, DiMaio y yo habíamos avanzado bastante, y luego volvió a mirarme.

—Eres Smith.

—Sí —contesté.

—¿De Houston?

—Sí.

—Soy Joe Romeo, el capataz. ¿Te lo dijo Lozano?

Asentí con la cabeza.

—Simplemente con que no intentes joderme todo irá bien. —Entonces apartó su mirada de mí y la dirigió hacia DiMaio—. ¿Tú qué dices, Mikey? ¿Es bueno?

DiMaio se encogió de hombros.

—Tan bueno como Nicky.

—¿Nicky? Nicky estaba en la parra. Si no te importa, cúrratelo un poco más, Smith. A ver si aumenta la calidad de este equipo.

—Que te jodan, Joe —dijo DiMaio sin esbozar sonrisa alguna.

—Que te jodan a ti, Mikey. Esta es mi labor, mantener la buena calidad del trabajo. Si esto te supone algún problema, puede que la calidad sea un problema para ti. ¿Qué mierda es eso? —soltó de repente, señalando mi brazo derecho y mi cicatriz con forma de serpiente.

—Un viejo error —contesté.

—¿Cometes muchos errores?

—Procuro no hacerlo.

—Ponle más empeño. Quiero cumplir los plazos, quitarnos de encima a Crowell y a ese cabrón del arquitecto. Cualquier equipo que se retrase supone un problema, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Bien. ¿Sabes dónde están el retrete, la nevera del agua y toda esa mierda?

—Mike me lo ha enseñado.

—Mikey te lo ha enseñado. —Romeo sonrió a DiMaio de forma pausada e inexpresiva—. El mejor compañero que un hombre puede tener: Mikey. Bien, no te tires todo el día en el retrete, ¿lo pillas, Smith?

—Ese chisme está estropeado la mayoría de las veces —soltó DiMaio—, nadie va a perder el tiempo allí. Lo que harán todos será mear por fuera del andamio.

—No es problema mío, Mikey.

—Tú eres el capataz.

—¿Sabes lo que significa eso? —repuso Romeo con sorna—. Significa que yo puedo mear en la caseta. Si tienes algún problema con las instalaciones, Mikey, habla con Crowell. El pequeño Dan seguramente pasará por aquí esta tarde.

El rostro de DiMaio no perdió su expresión combativa, pero no contestó.

—Muy bien, vosotros dos —dijo Romeo esbozando una sonrisa al tiempo que miraba su carpeta como si hubiese ganado algo—. Kenny va a por los cafés. Si queréis algo, decídselo y volved al trabajo. Quiero que os llegue a la cintura antes de que aposentéis el trasero.

Anotó algo en su carpeta, volvió a mirarme de arriba abajo y después se echó a andar en dirección a Buck y Lucca.

Miré a DiMaio. Nos llevaría una hora más que el muro de ladrillos nos llegase a la cintura, incluso a la de DiMaio.

—Se ha tirado un farol —aseguró DiMaio—. Lo hace con plena conciencia. Sabe que vamos a parar tan pronto vuelva Kenny.

—Entonces, ¿por qué se molesta?

—Para decirnos que hagamos algo que no haremos. Así tendrá un motivo para poder echarnos la bronca.

Escuché resoplar a DiMaio al estirarse para coger un ladrillo.

—Calidad —murmuró—. Una mierda.

Un sonriente peón jamaicano, cuyo casco quedaba elevado por las rastas, nos trajo el café. Cuando llegó, DiMaio y yo nos quitamos los guantes y los dejamos caer en el andamio. Para descansar la espalda nos apoyamos en los ladrillos.

Sentía la garganta cubierta por el mismo polvo fino que aplacaba el sudor de mis brazos. Bebí el café a sorbos, tratando de eliminar la sequedad. Mike DiMaio se giró hacia mí hincándole el diente a una empanada de mermelada y me dijo:

—Eres lento.

—Lo siento; estoy oxidado —repuse.

—¿Años de desempleo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo trabajaste antes de eso?

—A rachas. Solo de vez en cuando desde, quizá, el 93.

—Noventa y tres, ¿eh?

Le dio un trago al café.

Contemplando Broadway, mirando en dirección al río, comentó:

—Eso que tienes en el brazo a mí no me parece un error.

—¿No? —contesté mirándolo.

—No. Parece una jodida serpiente, una de esas enroscadas. Tiene pinta de ser exactamente como se planeó que fuera.

—Así es —contesté—. El fallo fue mío.

DiMaio estaba a punto de decir algo, pero de pronto salieron del edificio unos gritos que hicieron que nos enderezásemos de golpe.

En una obra siempre hay alguien gritando. Normalmente es la única manera de hacerte escuchar por encima del ruido de la construcción. Llegas a acostumbrarte y tu mente lo ignora.

Pero existe otro tipo de gritos, aquellos que evidencian algún problema y portan miedo, dolor o rabia desorbitados. Se distinguen al oírlos y, cuando sucede, te hacen dar un respingo.

A través del vano de la ventana vimos a unos cuantos hombres corriendo en dirección a los montones de ladrillos y el tabique que había alrededor de la pequeña hormigonera. Alguien se agachó junto a la hormigonera, al lado de una figura oscura que estaba tendida inmóvil en el suelo.

A DiMaio le dio tiempo a subir por el andamio de acero y entrar por el vano mientras yo aún seguía situando la escena. Me impulsé y lo seguí. El grito de auxilio de dentro fue a su vez contestado con otro grito. Las zancadas aceleradas golpearon el hormigón. Ya en la hormigonera, tuve que abirme paso a codazos entre los hombres que estaban allí para poder ver lo que pasaba: Reg Phillips estaba tumbado totalmente quieto y su sangre empapaba la arena con la que hacía el mortero.

Estaba quieto, pero vivo. Tenía la cara desencajada y brillante, cubierta por la sangre que le brotaba de un corte profundo en el cuero cabelludo. Sin embargo, la sangre no fluye tan a prisa si no está impulsada por un corazón que aún sigue latiendo.

Dos hombres, Mike DiMaio y otro que no conocía, estaban agachados al lado de Phillips. Otros estaban de pie, inclinados sobre él, pero nadie se movía. Todo el mundo parecía haberse quedado bloqueado considerando la idea de que fuese demasiado tarde para reaccionar, demasiado tarde para molestarse por hacer nada. Empujé al hombre que no conocía, me puse de rodillas y arrojé mi casco a un lado. Me quité la camiseta y presioné con ella la herida.

—¡Moveos! ¡Dejadme espacio! —grité a los hombres que nos rodeaban.

Algunos lo hicieron.

—Encuentra una manta —le dije a DiMaio—. Algo que lo mantenga con calor. Es demasiada sangre, puede que le dé una conmoción.

DiMaio me miró fijamente por un segundo, después se levantó de un salto y se abrió paso.

—¡Que alguien llame al 911! —grité mirando a Phillips en vez de a los hombres que tenía alrededor.

—He llamado —contestó alguien—. Ya he llamado.

—No se moleste —dijo una voz arrastrando las palabras por detrás de mí. Era la voz de uno de los hombres que había apartado a codazos—. Ya no está.

—¡Y una mierda! —salté—. ¿Qué demonios ha pasado?

Nadie respondió. Entonces, la misma voz de antes dijo:

—Debe de haberse caído al tropezar con la jodida pala y haberse golpeado con la pila de ladrillos.

Esa era la voz de Sam Buck. Pude reconocerla ya con tiempo para pensar. Miré hacia arriba y vi a Sam Buck y a Joe Romeo entre el gentío de hombres.

Tropezarse con las propias herramientas es un fallo estúpido, además de bastante viejo. Registré con la mirada el suelo arenoso de hormigón. La pala de Phillips estaba tumbada próxima a nuestra posición, y no de pie apoyada contra algo como se suponía que debería haber estado. Cualquiera podría haberse tropezado con ella. La esquina de un ladrillo en un palé abierto mostraba señales oscuras, quizá de sangre. El casco de Phillips había quedado donde había llegado rodando, más allá de sus botas de cuero, al lado de una pila de material. Alguien entró a empujones por el bosque de piernas cubiertas de vaqueros que tenía al lado. Era DiMaio con una manta térmica acolchada y gris de las que se lanzan sobre las llamas para sofocar el fuego. Era pesada como el plomo, pero logramos envolver a Phillips con ella, pendientes de que en ningún momento aumentase la presión de mi camiseta contra su cráneo. Cuando le estábamos moviendo, soltó un quejido; buena señal.

—Muy bien, cabrones —dijo Joe Romeo con un tono firme—. Echaos atrás. No está muerto, así que dejadle espacio para que respire.

No pasó nada. Otra voz dio la orden de nuevo.

—¡Todos vosotros, echaos para atrás!

Esta voz no era tan convincente como la de Romeo, pero fue obedecida. Los hombres se desplazaron hacia atrás, aunque no demasiado, tal como se movería una multitud. Alguien llegó con un botiquín de primeros auxilios y DiMaio hurgó en él buscando unas gasas. Las doblamos para hacerlas más gruesas, y con ellas presionamos el cráneo de Phillips, lanzando a un lado mi camiseta. Me sentí plomizo al verme rodeado del peso de los ladrillos apilados y los tabiques, los montones de arena y la multitud que colapsaba aquel lugar. Necesitaba más espacio, pero me quedé donde estaba y mantuve la presión constante esperando que llegasen los paramédicos. No tardaron en llegar. Trajeron algo mejor que mi camiseta para vendarle la herida y algo mejor que una manta térmica para cubrirlo. Le pusieron suero en el brazo y lo subieron a una camilla.

Después de aquello los hombres se quedaron por allí arremolinados durante un rato, mirándose unos a otros y bebiéndose el café que se había quedado frío.

—La construcción es un trabajo jodido y peligroso —escuché decir a uno de ellos—. No puedes permitirte un descuido. Hay que tenerlo muy en cuenta.

—Reg jamás había sido descuidado —comentó otro.

—Siempre hay una primera vez.

Todos estuvieron de acuerdo en que siempre había una primera vez.

Algunos me dieron unas palmadas en la espalda y me felicitaron por haber reaccionado tan rápido. Otros no dijeron nada y supe que se trataba precisamente de quienes por su parte no habían pensado rápido.

—Oye, héroe.

Joe Romeo era quien se estaba dirigiendo a mí. Yo estaba sentado sobre el hormigón, con la espalda apoyada en el acero en bruto de una columna, apartado de los demás. Acababa de encenderme un cigarrillo. Alcé la vista y esperé.

—Así que eras un jodido médico antes de decidirte a mezclarte con los hombres corrientes y apilar ladrillos.

Me encogí de hombros.

—Estaba sangrando. Pensé que sería buena idea detener la hemorragia.

—Este tipo de cosas, ¿sucede mucho en Texas?

—La construcción es un trabajo peligroso.

—¡Dios! —exclamó mirando mi brazo izquierdo—. ¿Te pasa algo con las serpientes o qué?

Miré la serpiente azul que llevaba tatuada y que serpenteaba desde el codo hasta el hombro, una marca que tenía desde hacía veinticinco años.

—No, es una coincidencia —contesté.

—Ah, coincidencia.

Enfaticó sarcásticamente la palabra, asintiendo con la cabeza.

—¿Sabes, Smith? Estás empezando a caerme mal y ni siquiera te conozco. Así que, ¿ahora qué? ¿Hoy piensas volver al trabajo o voy a tener que darte tiempo libre por ser un héroe?

Lo miré, observé la anchura de sus hombros y su sonrisa burlona.

—Me pondré a trabajar —contesté—. Deja que me acabe el cigarro y me limpie.

Estaba pegajoso por la sangre de Phillips.

—Entonces termínalo rápido. Tu compañero ya está trabajando.

Miré al otro lado del suelo, en dirección a la plataforma en la que Mike DiMaio y yo habíamos afanado toda la mañana. Él estaba en el andamio, trabajando en el enrevesado aparejo que rodeaba una de las columnas. Sus movimientos, a diferencia de la suavidad con la que se desenvolvían antes, eran cortantes y rígidos. No tenía fluidez, ni ritmo, pero el resultado era limpio y nada de lo que hizo mientras lo observé necesitaría repasarse.

Me puse el cigarrillo en la boca y fui a lavarme en el chorro de agua helada que salía de la manguera al lado de la hormigonera. Alguien había retirado la pala de Phillips y se la había llevado. Alguien más había movido su casco y lo había apoyado sobre su fiambarrera que había al lado de sus guantes de cuero. Cogí el casco y lo giré entre mis manos para mirar las correas de plástico que tenía dentro. No había nada extraño en él; era exactamente como el mío.

—¡Smith!

De nuevo era Romeo. Dejé el casco en el suelo, cogí la manguera y me eché agua por los brazos. Me salpicó en la cara y la nuca, y su contacto repentino me hizo tiritar.

—¿Qué vas a hacer con la ropa? —me preguntó Romeo.

—Puedo trabajar así.

Trabajar sin camiseta con aquel calor no era tan mala idea.

—Hasta que descienda el sol. Cogeré una camiseta a la hora de comer.

La camiseta con la que había llegado, la que había utilizado para venderle la cabeza a Phillips, había quedado tirada en un charco de agua, sangre y arena al lado de la hormigonera.

—Está bien, de acuerdo —dijo.

Tuve la impresión de que quería decirme algo más, pero no lo hizo.

Crucé el piso de regreso al lugar en el que había trabajado toda la mañana. No llegué a ninguna conclusión de inmediato. DiMaio se dio la vuelta al verme. Estaba de pie, enderezado, con un ladrillo en una mano y la paleta en la otra. Me miró. Tenía la mandíbula apretada y una dura expresión en sus ojos azul pálido. Se echó a un lado. Me senté en el bloque de soporte y alcé las piernas para pasarlas al otro lado.

DiMaio clavó su mirada en mí mientras cogía la paleta y empezaba a remover el mortero. A continuación, sin decir una palabra, volvió a girarse en dirección a la columna y colocó el ladrillo que estaba sosteniendo. Encontré el lugar en el que lo había dejado y observé lo que quedaba por hacer.

—Tenía buen pulso y buena respiración, Mike —comenté—. Creo que se pondrá bien.

DiMaio se irguió rápidamente.

—¿Es que eres un jodido experto? ¿Sabes una mierda sobre tipos que se abren la cabeza? ¿Cómo es eso, Smith?

Me giré para mirarlo. Se había intensificado el color de su cara y se le marcaban los tendones en el cuello musculoso.

—Tranquilízate —le dije con calma—. Trabajé en un grupo de salvamento en Houston, mientras estaba en el paro, como voluntario. Así tenía algo que hacer. He visto más accidentes.

—Accidentes. Has visto otros puñeteros accidentes —cogió un ladrillo de su montón, lo situó donde tenía que ir y le dio unos cuantos golpes con brusquedad—. Claro, accidentes.

Bajé la paleta.

—Mike, ¿tienes algún problema conmigo?

Se dio la vuelta para mirarme.

—Sí, podría decirse que sí. Se puede decir que tengo un problema.

—¿Quieres hablarlo?

Se giró, dándome la espalda y colocó otro ladrillo mientras yo permanecía de pie, mirándolo. Con aquel concluía una esquina y terminaba una parte del diseño. De espaldas aún, me preguntó:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Qué puñetero sentido tiene hablar contigo? ¿Qué mierda va a cambiar el que hable contigo?

—Depende de sobre qué hables.

—Sobre qué... —Se dio la vuelta y me miró fijamente—. De cómo es que no has tocado un solo ladrillo en años. De cómo es que tienes pegamento en los pantalones, pero el sindicato te envía aquí como un albañil de veinticinco dólares la hora. De que lo que se te da bien es vendar cabezas, eso es lo que sabes hacer. La sangre no parece impresionarte.

—Estoy oxidado, ya te lo dije.

—Y una mierda. Nadie que realmente haya trabajado como albañil alguna vez pierde sus movimientos de esa forma.

—Entonces, ¿qué?

Apretó la mandíbula y no dijo nada. Vi cómo luchaba consigo mismo; se lo vi en los ojos.

—¿Qué, Mike? —repetí.

Su mirada cambió. Había tomado una decisión.

—Estás implicado.

Dio un paso adelante y habló más alto, de la forma en que habla un hombre para ocultar el miedo.

—Eres algún cabrón implicado. Debes de haber ayudado alguna vez a algún *guido* a levantar la pared de su patio y pensaron que te podían hacer pasar por un albañil.

—¿Por qué?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Porque alguien debe dinero a otra persona, porque hay alguien a quien hay que vigilar o alguien a quien hay que romperle la cabeza. ¿Es eso, Smith? ¿Había que intimidar un poco a Reg y se supone que tú te encargarías de que todo terminase bien? Y luego quizá se os escapó un poco de las manos, pero gracias a Dios tú estabas aquí, ¿eh? Pudiste arreglarlo, todo solucionado, de forma que no muere, ¿porque ese no era el plan?

DiMaio tenía los puños apretados y el peso colocado hacia delante. Escupió las palabras al límite del autocontrol. Pensé que si respondía algo equivocado podría lanzarse contra mí allí mismo, en el andamio.

—Los hombres que había por allí dijeron que... —contesté con cuidado, haciendo una pausa antes de continuar con el resto de la frase—, lo que le pasó a Phillips había sido un accidente.

—Allí no había nadie. ¿Quién cojones piensas que estaba allí? Sam dijo que había sido un accidente porque se cree que lo sabe jodidamente todo. Y todos los demás se lo creyeron sin más.

—¿Tú no?

—Sí, vaya. ¿Alguna vez habías visto sangrar tanto a alguien que ha tropezado con su pala?

—No lo sé.

—No lo sabes. No tienes ni puta idea. Bueno, yo tampoco lo sé, Smith, solo sé que la mierda que estás haciendo no quiero que la hagas aquí, en mi andamio, al lado de mis ladrillos.

Con un movimiento casi involuntario, su mano izquierda apuntó hacia la pared, hacia las líneas uniformes de ladrillos y la sutil concavidad del mortero, señalando su resistencia y su solidez absolutas. Sus ojos pálidos se mantuvieron fijos en mí con una expresión firme y furiosa. No podía hacer nada por Phillips, ni en cuanto a quién pudiera ser yo, pero las paredes que había construido le pertenecían.

Aparté la mirada de su trabajo y volví a mirarlo a él.

—Tienes razón —le dije—. Tienes razón, pero no la tienes. Tengo un motivo para estar aquí, pero no estoy implicado en esto. Te lo contaré, pero no ahora. Cuando descansemos para comer. Ahora me gustaría ponerme a trabajar; no quiero perder este empleo.

Me miró fijamente entornando los ojos. Le había planteado mi oferta y esperé. A nuestro alrededor se escuchaban el aullido de una sierra, el martillo neumático y los gritos de los hombres. El cuello gallardo de la grúa se deslizó en silencio sobre nosotros, transportando una viga de acero que parecía colgar ingrávida, suspendida de la más fina de las líneas. Entre nosotros únicamente se interponía el espacio, el silencio y el mortero que Reg Phillips había mezclado esa misma mañana.

Sin romper el silencio, DiMaio se dispuso con un movimiento a continuar trabajando. Yo volví a mi faena. Durante las dos horas siguientes no volvimos a pronunciar una sola palabra.